



CAPITULO IX

GRANDEZA DEL SACERDOCIO POR SUS BENEFICIOS

I

Las grandes instituciones no en vano son creadas por Dios. Y así, sigamos al sacerdocio en su benéfico influjo en la sociedad. Y no hay por qué hablar de esa influencia bienhechora en virtud de la cual el sacerdote católico ha desterrado del mundo el reino de la ignorancia y del pecado, levantándolo del polvo de su degradación, libertándolo de aberraciones vergonzosas; no de esa ciencia civilizadora que, gracias al sacerdote, se difundió por el orbe; no de esa virtud santificante, merced á la cual los que antes sin conocimiento de Dios en la tierra, marchaban ciegos tras carnales apetitos, siguen hoy, iluminados, al que es el camino, la verdad, y la vida; no de esa acción transformadora del sacerdocio de Cristo que convirtió, y en remotas regiones sigue convirtiendo, los páramos y desiertos, según expresión de Isaías, la tierra solo cubierta de malezas y espinas hecha guarida de dragones y pasto de avestruces, en deliciosa y feraz campiña. Se alegró, podría, pues, decir, y saltó de gozo la soledad á la voz del ministro de Jesús; los desiertos florecieron como el lirio, fructi-

ficaron copiosamente y se regocijaron llenos de alborozo al sonido del Evangelio. Les dió el sacerdote la gala del Líbano y la hermosura del Carmelo y de Sarón; abrióles una senda y un camino santo por donde andar ya libertados de la esclavitud del pecado. Y volverán, concluye el Profeta, los rescatados por el Señor, y vendrán á Sión cantando alabanzas coronados de gozo sempiterno (1). ¡Gloria es esa del sacerdocio católico!

Pero no es esto lo que aquí principalmente perseguimos, sino más bien observar los pasos del sacerdote acompañando al hombre desde la cuna hasta el sepulcro. El sacerdote bajo este punto es el verdadero socio de nuestra peregrinación.

Apenas el hombre nace á este mundo cuando el sacerdote, nuestro ángel de paz, recibe de Dios la siguiente intimación: Un nuevo peregrino hay en la tierra; en el instante de la vida ha de conquistar la corona que le tengo preparada. Le saldrás al camino; pon en su frente mi nombre, dale el báculo de mi cruz, y, sin desampararle, caminaad juntos hacia esta patria de los vivientes. Si en el trascurso del tiempo siniestros malignos le desvían del camino, entonces, cumpliendo tu misión, le dirás con cariño: No, hijo mío, no es éste el camino que nos ha trazado Dios, nuestro Padre celestial. En ese camino que te parece sembrado de flores, se esconden serpientes dañinas que adormeciéndote primero, inocularán luego en tus miembros el veneno de la muerte. Si á pesar de amorosas recomendaciones sigue el hombre perdido en el engañoso encanto, es el sacerdote el primero en levantarle de la caída y en curarle de las llagas padecidas. Si como verdadero peregrino, siente con frecuencia acá en la tierra el dolor y la tristeza, aquí es principalmente donde el sacerdote ejerce su celo y caridad.—Al sacerdote hecho según el corazón de Jesucristo, no le busquéis en los palacios de los grandes, ni en los salones del festín, ni en las plazas de

(1) Isaías, cap. 35, v. 1.

Babilonia, sino junto á las márgenes del río consolando á los que cautivos lloran el apartamiento de su patria, y en el dolor de su destierro, llorosos exclaman: ¿Cómo queréis que cantemos el cántico del Señor en tierra extraña? Junto al desterrado, junto al encarcelado, junto al desvalido, junto al pobre y moribundo, allí encontraremos al sacerdote católico derramando ríos de consuelo en el corazón afligido. ¡Ahí están todas las instituciones de la caridad y beneficencia, y véase si no es cierto que ellas llevan el nombre de San Vicente de Paúl, de San Camilo de Lelis, de San Juan de Dios, ó de algún otro sacerdote! El expósito y el huérfano, el pobre y encarcelado, el agonizante y moribundo bendecirán eternamente el sacerdocio católico.

En ocasión en que el cólera hacía en Londres numerosas víctimas, el sacerdocio católico llevaba su caridad hasta el sacrificio; en términos que muchos de los protestantes abandonaron la esterilidad filantrópica de su secta para unirse á la caridad del catolicismo. Tan notable era la deserción y el motivo que la causaba, que el obispo protestante no pudo menos de dirigir al pueblo esta su justificación que por cierto bien poco le honra: «No es de extrañar, decía, que el sacerdote católico se exponga con tan poca dificultad á la muerte, en razón á que no tiene mujer ni hijos que perder, y en razón á que sus ministros son necesarios á los católicos moribundos para los sacramentos; pero que teniendo el ministro anglicano una familia interesada en su existencia, era muy cruel (y ahí está lo grave) era muy cruel que los protestantes atacados del cólera quisiesen que sus ministros, padres de familia pusiesen en peligro su vida para ayudarles á hacer actos de oración.....»

Este es el elogio que la lógica de los hechos arranca espontáneamente de sus mismos adversarios. ¿Y quién, con efecto, no simpatizará con el sacerdote de Cristo al verlo á la cabecera del enfermo que va á terminar su peregrinación para entrar en la eternidad? Entonces más que nunca

se siente la necesidad de un compañero, de un ángel del cielo que nos instruya en la nueva región no conocida de los vivos. Agitado el hombre en el lecho del dolor, ve desvanecerse á su vista los honores, las riquezas, las glorias del mundo; todo le abandona; sólo un espectro horrible, la muerte, va acercándose, paso á paso al lecho del dolor. ¿Quién le consolará? Vuelve la vista: ahí tienes á ese ángel que Dios te manda. Escucha sus palabras: «La vida es un soplo, hijo mío, todos tenemos que morir, todos tenemos que pasar por ese mar rojo de la muerte. No te espantes: sigue á Jesús, extiende ese báculo que en un principio te dí y pasarás seguro á la tierra de promisión, á la patria de los vivientes. Si tus culpas te espantan, si temes extender la cruz por tu propio brazo, extiéndela en nombre de Jesús, de ese verdadero Moisés; que la confianza en su misericordia te hará pasar tranquilo, para cantar luego aquel verso que dice: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*. Las misericordias del Señor cantaré eternamente». Razón, pues, tenemos para gloriarnos de pertenecer á la raza sacerdotal tan fecunda en bienes divinos y en glorias inmarcesibles. Pertenece por la ordenación á los grandes sabios y á los grandes bienhechores de la historia. Qué bien podríamos recordar aquí aquella palabra de Tobías (1) *Quoniam filii sanctorum sumus*: ¡Hijo mío, sé santo, porque somos hijos de los santos! Venerable clérigo, sé santo, sé sabio, sé grande, porque somos por regio sacerdocio, hijos de los santos, hijos de los sabios, hijos de los grandes.

II

No sólo á las clases potentadas atiende el Sacerdote sino que su misión benéfica desciende hasta la clase más humilde: á la niñez. Recordemos brevemente lo que publicamos en un diario de la capital.

(1) Job. 2, 18.

Jesucristo se gloriaba de ser apellidado y tenido como Maestro. (Véase San Juan, cap. XIII, v. 13. Cerca de 80 pasajes bíblicos prueban el magisterio de Cristo). Esta misma interpretación de Maestro han dado al Divino Salvador los obispos españoles en el último Congreso Compostelano (25 de Julio de 1902), diciendo que: «Jesucristo es el Pedagogo de las generaciones humanas». Y la recomendación más terminante y oficial fué el mandato de la enseñanza: «Id é instruid á todas las naciones». (San Mateo, cap. XVIII, v. 19), dijo Cristo á sus discípulos. No es extraño, pues, que la Iglesia ejecute tan apremiante mandamiento en todas las esferas sociales: lo contrario sería la negación y apostasía de la Iglesia.

Fiel á esta misión divina fundó escuelas varias el Sacerdote y se constituyó *maestro de Escuela* en bien de la Religión y de la Patria.

LA INFANCIA Y EL SACERDOTE CATÓLICO

La infancia de nada ni de nadie recela, porque desconoce la malicia; dice lo que siente y en su seno nada oculta y todo lo manifiesta, así esté en la presencia de un poderoso monarca como ante la de un mísero labriego; no conoce la adulación, porque no es aún utilitarista ni mentirosa; á nadie daña y á todos hace bien; su faz es siempre sonriente y su corazón es muy puro y cándido, pues no está aún empañado con las negras nubecillas de las pasiones; es naturalmente púdica y vergonzosa, como el cáliz de la flor, que sólo se alimenta de brisas virginales del crepúsculo matutino; no tiene vicios; á lo más tendrá los defectos de sus cualidades, porque el progreso del tiempo, el influjo de los hábitos y el impulso vehemente de la naturaleza crean los defectos adquiridos, que es lo que se

llama vicio; no sabe lo que es desconfianza, ni ingratitud, ni doblez, ni falsa bondad: esto se queda para los grandes doctores del gran mundo; tiene un divino instinto, que la atrae siempre á lo bello; es tan angelical y simpática la infancia, que Dios y los hombres aborrecen al que la menosprecia y maldicen al que la daña y ofende.

Se hacen acreedores (no podía ser otra cosa, siendo niños lo más numeroso, cándido y puro de la Humanidad) á las preferentes y tiernas simpatías del corazón de Nuestro Señor Jesucristo, fundador de la Iglesia Católica.

Las «delicias del Divino Salvador son conversar con los hijos de los hombres»; y el espíritu de afecto y cariño que por la infancia sentía Jesucristo, se diafana, entre otros muchos pasajes bíblicos, en los capítulos X, v. 14 de San Marcos, en el capítulo XVIII, v. 16 y 17 de San Lucas, en los caps. XVIII, v. 3, 4, 5, 6 y 10, XIX, 14, XXI, 15 y 16, XXV, 40 de San Mateo.

Los Doctores de la Iglesia, inspirándose en que «la senda que al principio anduviere el mozo, ésa también seguirá cuando viejo» (Prov. XXII, 6.) y en que «los huesos del viejo se henchirán de los vicios de su mocedad y dormirán con él en el polvo» (Job. XX, 11), se aplicaron á la conquista de las almas por medio de la enseñanza escolar. Y así, en Alejandría fundó escuelas Eusebio y en ellas enseñaron el ilustre filósofo Panteno y el maestro de Orígenes, Clemente de Alejandría. Y según Teodoreto, escuela de niños tuvo el virtuoso Protógenes, y enseñándoles á escribir los convertía para el cielo.

San Juan Crisóstomo, el más grande orador de la Iglesia antigua, dijo (Hom. 60 in cap. Math. XVIII) sobre la dignidad del magisterio escolar: «¿Qué cosa hay mayor que dirigir las almas de los niños y formar sus costumbres? Yo tengo para mí que el que sabe modelar los corazones de los niños ejerce una profesión más excelente que la de todos los pintores, estatuarios y de cuantos artistas se conocen». El maestro ó maestra no modela un trozo de ba-

rró: educa el espíritu del que mañana será rey ó reina de una nación ó del hogar doméstico, y su escuela es un vivero fecundo de repoblación cristiana. De aquí que San Agustín dedica un libro para instruir á la niñez titulado: *De catechizandis rudibus*; Y San Basilio redactó en un libro, ante el cual es débil y raquíico engendro *L' Emile* de Rouseau, «Reglas para la enseñanza de la infancia»; y San Jerónimo escribió dos libros: *De peccatulae infantulae educatione* y *De institutione filiae*. Gersón, el gran catequista de la Edad Media, publicó el meritísimo trabajo: *De pueris ad Christum trahendis*. Bosuet compuso el célebre catecismo de Meaux, y Fenelón redactó el tratado: *De l' Education des Filles*. Ilustres catequistas se cuentan en la Orden Dominicana y Jesuítica, y mentores de la niñez fueron todos los Padres Escolapios, y asociaciones innumerables de la Iglesia imitan la conducta de Santo Domingo de Guzmán, San Vicente Ferrer, San Jerónimo Emiliano, San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl y el navarro San Francisco Javier. En España, hoy día, ilustres matronas y castas doncellas emulan las glorias antiguas de la Pedagogía española de nuestros Marco Fabio Quintiliano, San Isidoro de Sevilla, Juan Luis Vives, Pedro Simón Abril, Pérez de Vargas, Ponce de León, Hervás y Panduro y Saavedra Fajardo; y muy recientes aún en la historia escolar ibérica son Montesinos, Zavala, Nata Gayoso, Fernán Caballero, Avendaño, Carderera, Santos Guerra, Puig y Sevall, López Catalán, el Excmo. Sr. Cardenal Primado, Monescillo, Balmes, por su Criterio y el Venerable Padre Claret.

*
**

Solo el ateo, que niega la existencia de Dios y un fin eterno en la criatura, y el masón, enemigo jurado de todo lo que simbolice cristianismo, podrán rechazar la necesidad de la educación moral. Prescindamos de las pruebas teológicas y esgrimamos armas de puro orden natural

contra los Combes y Romanones y demás cómplices de la masonizante laya revolucionaria de última hora.

Razón tiene Pulcy para quejarse de que los niños son extremadamente mimados por sus madres; se olvida con frecuencia de que el niño de hoy debe ser el hombre de mañana; á las facilidades de la vida infantil sucede la ardua lucha por la existencia; y si no está iniciado en la resistencia sucumbirá fatalmente sin llegar nunca á la meta de sus nobles aspiraciones: en los comienzos de la vida débese ensayar en el ejercicio del deber y de las virtudes todo lo que hará sudar en la plenitud de nuestra existencia y tienda en la futura y titánica guerra de las pasiones humanas á abrillantar la dignidad del hombre. Nadie repentinamente, ni en lo bueno ni en lo malo, se hace grande, y en muchas ocasiones la honra y la victoria de la vida depende de un movimiento instantáneo primo-primo, hijo del hábito y de anteriores intemperancias no cristianamente domadas. Pocos criminales obran por reflexión.

Además, el niño es una mina: sería un crimen social no explotarla para el bien. ¿Cuándo? Como tierno arbolillo, evidente que sus inclinaciones, cuando niño, son más susceptibles que en cualquiera otra edad; pero, ¿cómo desarrollar en su espíritu infantil los sentimientos de bondad, de justicia y los principios reguladores del heroísmo? En su interior no existen: de fuera tienen que venir. ¿De dónde y de qué campo? Solamente la Religión con sus preceptos y ejemplos de sana moral en sus pedagogos perfeccionará los hábitos de la niñez, orientará sus tendencias hacia el bien, mejorará sus condiciones personales y le inspirará prácticamente amor al trabajo y al orden y le infundirá saludable horror al vicio y á las malas costumbres, y á los perversos instintos, para evitar el desenfreno brutal de las pasiones, declarará guerra sin cuartel, porque «la Moral es la higiene del alma» y siempre y en todos los pueblos se ha estimado como antídoto del mal y como desinfectante del vicio, la virtud.

Más. La Naturaleza propende siempre é irresistiblemente al equilibrio; luego, para que marche en buena armonía el hombre consigo mismo y sus semejantes, necesita no sólo educación intelectual sino también educación moral, y con estos dos remos equilibrados saldrá á flote la barca de la vida.

Los filósofos antiguos así lo entendieron. Lo patentizan las antiguas fábulas del Hitopadeza, las de Esopo, Fedro, las modernas de Fenelón, La Fontaine, Florián, Samaniego, Felipe Jacinto Sola.

Nadie negará que el instinto de imitación es poderoso en el niño, y aunque muchas veces la acción virtuosa practicada á impulsos del instinto no pasa de ser una «virtud de mono», no obstante y á pesar de esto, aplicando la ley biológica de que toda acción, una vez ejecutada, tiende á repetirse, conviene habituar á la niñez á la practica del bien y de todas las virtudes, ínterin llega el día en que pueda realizar dichos actos con pleno discernimiento y entera espontaneidad. Por consiguiente, el buen ejemplo ha de ser una de las bases principales de la educación moral; por esto se ha dicho: «el ejemplo es contagioso» y que «un ejemplo vale más que cien preceptos.»

El caballo de Troya y el detenimiento del Gran Alejandro ante Jerusalén y de Atila ante Roma son triunfos de la educación moral; y Platón con sus Diálogos, Sócrates con su Moral y Aristóteles con su Ética prueban el aserto de Mercurio Trimegisto: «el mejor ornamento del hombre es la Religión»; y Cicerón con el tratado: «De las leyes» cimienta á los pueblos sobre la roca de la Religión; y esta verdad pregonan las Sibilas, Homero en su Iliada, Orfeo é Iberiada en sus cantos, Simonides en la victoria de Grecia, Virgilio en su Eneida y Horacio al confesar públicamente que en su mocedad era también religioso y que para tener propicia á la Divinidad precisa reparar sus ultrajes.

El concilio de Vaison (529) ordenando que los párrocos

tuviesen en sus casas educandos; el concilio de Aquisgram (816) mandando al canónigo más ilustrado visitase las escuelas infantiles de la Catedral; Eugenio II en 826 y el concilio Romano (853) y Valenciano de 855 recomendando las escuelas á los Obispos y párrocos; los concilios de Kiersy del Oise (858) exhortando á Carlos el Calvo á implantar escuelas en su palacio, y de Lavonniers y Romano (1078) obligando á los obispos á la fundación de escuelas, y el Tridentino mandando la enseñanza del catecismo á los rudos y niños prueban que la Iglesia, amén de conservar la lengua y literatura en cada país, es la Pedagogía más solícita y perfecta de la Humanidad.

La Masonería al cerrar las escuelas católicas declara su impotencia y proclama oficialmente *la bancarrota de la ciencia sin Dios.*

El Sacerdote, como sacerdote, está avezado á las discusiones más difíciles y abstrusas de la Teología Dogmática y Moral; como asiduo conocedor de las miserias humanas en el confesonario, palpa y toca las arterias de que se sirven y los medios de que se prevalen las pasiones humanas para enseñorearse del pobre corazón; como religioso, ligado por los votos vive exento de la solitud pecuniaria ó alimenticia y es ajeno á la ostentación del mundanal ruido; es un pedagogo abrasado en el amor de Dios, cuyo celo es orientado y asistido por la vocación del cielo y las grandes tradiciones de la Iglesia Católica dedicada siempre á la instrucción de la humanidad, llevando de fecha su Pedagogía experimental 20 siglos de ejercicio docente en distintos pueblos y razas muy heterogéneas de la tierra.

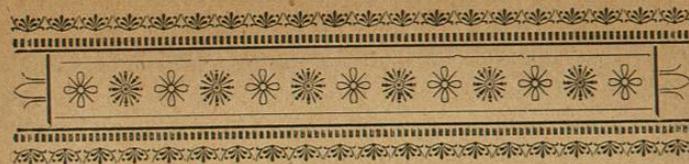
Por todo lo apuntado, no es autosugestión ni fanatismo de clase el afirmar que aventaja sobremanera á la escuela del maestro seglar la escuela católica, pues el niño ve en esta última, amén del simple maestro y sobre el hombre, al religioso revestido con el traje talar; además del Mecenaz, al confidente de su conciencia, al padre, al ami-

go, al sacerdote católico, garantía de la ortodoxia doctrinal.

El Sacerdote no instruye solamente: educa el corazón con sólida enseñanza religiosa, base de la felicidad de los pueblos. Al contrario, el laicismo, condenado por la Iglesia, enseñando en su credo heterodoxo que somos los animales más perfeccionados de la escala zoológica, nos inyecta el escepticismo y, por ende, nos inicia en los goces brutales y criminales, pues estima ser una locura negar lo que reclaman los instintos pasionales.

Ponemos válvulas de seguridad á las pequeñas máquinas de vapor, y ¿dejaremos sin ellas á las de alta presión, á las que pueden, estallando, producir una catástrofe en la civilización?

Por esto fracasó el sistema de Socke y es nefando el de Rassedow inspirado en Rousseau y Kant y es antisocial el de Girardin, Diderot, Gladstone, Guizot, Thiers, Segoné, Victor Hugo y Combes.



CAPITULO X

LA CONSAGRACIÓN SACERDOTAL

Nada más elocuente ni más profundo y recreativo para los jóvenes estudiosos que la Conferencia primera del celeberrimo P. Monsabré, referente á esta materia:

MONSEÑOR (1), SEÑORES:

El año pasado nos despedimos murmurando cabe el lecho del dolor, en que el cristiano espira, esta palabra de libros santos: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: *Beati mortui qui in Domino moriuntur.*» (2) En el último de los sacramentos vimos terminar el movimiento armonioso de la naturaleza y de la gracia rimadas por Dios. Nada más admirable que la aplicación de los signos sagrados á nuestra vida individual.

Pero ya os dije, al comenzar nuestro estudio sobre los sacramentos, que no debemos olvidar que somos una sociedad, un cuerpo religioso: *Multi unum corpus sumus*; (3) y que este cuerpo religioso, naturaleza múltiple y compleja, debe tener sus sacramentos (4). Jesucristo le proveyó de

(1) Monseñor Richard, arzobispo de Larisse, coadjutor de París.—(2) Apoc., cap. XIV, 13.—(3) I Cor., cap. X, 17. (4) Véase Conferencia sesenta y dos: *Harmonía de los sacramentos*, 2.^a parte.